

X

Descripción del lago de Garda y sus alrededores.—Alegría de los soldados franceses.—Desarrollo del genio militar de Napoleón.—Wurmser reemplaza á Beaulieu en el mando del ejército austriaco en Italia.—Napoleón levanta el sitio de Mantua.—Madama Bonaparte está á punto de caer prisionera de los austriacos.—Sorpresa de Lonato.—Batalla de Castiglione.

Vamos á dar comienzo al relato de admirables operaciones, pero para que el lector pueda ser sensible á la sublimidad de las mismas, suplécole consulte una vez más el mapa del lago de Garda. Los bordes de este lago, con sus contrastes de hermosos bosques y agua tranquila, forman, quizás, los más hermosos paisajes del mundo, y los jóvenes soldados del ejército de Italia bien lejos estaban de ser insensibles á sus bellezas. Hacia el norte, por el lado de Riva, el lago se estrecha y se pierde en medio de altas montañas, cuyos picos permanecen cubiertos de nieve todo el año; mientras que frenteá la pequeña y hermosa ciudad de Salo, forma una admirable cascada, á lo menos de tres leguas de largo, y el viajero puede alcanzar con la mirada una extensión de más de diez leguas, desde Desenzano al mediodía, por donde pasa el camino de Brescia á Verona.

Los bordes del lago, así que las colinas, están cubiertos de magníficos olivares, grandiosos en este país, y de castaños en todas las riveras de la parte del mediodía, puestas al abrigo de los vientos del norte, por alguna colina que en forma de precipicio

viene á terminar en el lago. Distinguese el sombrío follaje de hermosos naranjos creciendo en plena naturaleza y cuyo color contrasta admirablemente con el tono ligero y aéreo de las montañas del lago.

Frente á Salo, y por la parte de levante del lago, elévase una enorme montaña de forma redonda, despojada de árboles, lo que, según creo, le ha valido el nombre de *Monte-Baldo*, detrás de la cual y por la parte de oriente del lago, deslízase, entre un profundo desfiladero, el Adige, río célebre después por las batallas que vamos á narrar.

Fué sobre una meseta, situada entre el Adige, el Monte-Baldo y la ciudad de Garda, que da su nombre al lago, que tuvo lugar, en el siguiente mes de Enero, la inmortal batalla de Rivoli.

Por la parte sur del lago, las fértiles colinas, con sus bosques, que separan la gran población de Desenzano de la pequeña ciudad de Lonato, son quizás las más agradables y las más singulares de toda la Lombardía, país célebre por sus hermosas colinas coronadas de bosques. La palabra *delicioso* parece haber sido creada para estos maravillosos paisajes.

Desde lo alto de las colinas de Desenzano, que el camino, elevándose, recorre á medida que éste avanza hacia Brescia, se domina bastante el lago, para gozar del aspecto de sus riveras. El viajero distingue á sus piés la casi isla de Sermio, celebrada en los versos de Cátulo y notable, aun hoy todavía, por sus grandes árboles. Se distingue, más lejos y un poco hacia la derecha, por el lado de Verona, la triste fortaleza de Peschiera, negra y baja, en forma de esclusa de molino, por la parte en que el Mincio sale del lago. En 1796 pertenecía á los venecianos, quienes habían gastado veinte millones de francos en su construcción, cuando la liga de Cambray les amedrentó.

Lonato se distingue á lo lejos en el camino de

Breseia, por la blanca cúpula de su iglesia. Más al sur, aperebese Castiglione, triste y pequeña ciudad situada sobre un pliegue de terreno en medio de una llanura estéril y pedregosa; es el solo lugar, de todos aquellos alrededores, que no es agradable.

Por detrás de Castiglione y Lonato y de consiguiendo, por la parte poniente del lago, se extiende el riachuelo de la Chiese, que la menor tempestad cambia en un magnífico torrente. Desciende de los Alpes paralelamente al lago y muy amenudo los austriacos atacaron la izquierda del ejército francés siguiendo sus bordes. Después de rechazados, buscaban de ordinario un refugio en las montañas de Gavardo, cubiertas de castaños.

Apesar de las órdenes de los oficiales, los soldados abandonaban su alojamiento, para ponerse al fresco, bajo los árboles de Gavardo y sus alrededores. Amenudo una compañía entera vivaqueaba bajo un castaño inmenso y á la mañana siguiente algunos veíanse atacados por la fiebre y nó porque el país sea malsano como la llanura de Mantua, pero el cambio del extremado calor durante el día en el fresco de la noche, aumentado aún por el viento de los Alpes, es demasiado fuerte para la salud de los franceses.

Fué durante los meses en que las riveras del lago son más agradables, durante los calores abrasantes de Agosto, en que los nombres de las pequeñas ciudades situadas en la vecindad, Lonato y Castiglione, fueron inmortalizadas por las batallas de su nombre. En dicha época del año, los valles y las llanuras estaban cubiertos extensamente por las plantaciones de maíz, planta que en este país se eleva á ocho ó diez piés de altura y cuyos troncos son tan espesos, que las sorpresas se hacen muy fáciles. Desde este momento las llanuras y ribazos están cubiertos de olmos de veinte ó treinta piés de altura y cargados

de vides que pasan de uno á otro árbol, lo que da á la campiña el continuo aspecto de un bosque; muy amenudo, en verano, la mirada no puede penetrar á más de cien pasos de la carretera.

Los soldados, ricos por tantos meses de sueldo pagados de una vez, jóvenes y alegres, eran admirablemente acogidos por las hermosas paisanas de los alrededores del lago.

Puede decirse que en esta época cometíanse muchas indiscreciones, aunque ni una sola por parte del ejército. Los miserables robos constituían la especialidad de los empleados de todas clases, llegados en gran número de París, y que se llamaban parientes de Barras. No convenía al general Bonaparte, quien era apoyado por aquél, castigarlos con demasiada severidad. Eran ya en gran número los conceptos en que el general no estaba de acuerdo con el Directorio ¿Debía pues, todavía, impedir que los amigos de los directores hicieran fortuna?

Estos señores llevaban á cabo, de continuo, toda clase de extremadas locuras en favor de las *prime donne*, pues la mayor parte de estas pequeñas ciudades, ocupadas por el ejército, tenían sus *troupes de opera buffa*. Gros, que, en aquel tiempo, pintaba miniaturas, y que era muy querido del ejército, del cual era quizás el más alegre, hacía los retratos de todas las bellas.

Desde la entrada en Milán, el 15 de Mayo, hasta la proximidad de la batalla de Arcole, en Noviembre, puede decirse que ningún otro ejército se ha divertido tanto, aunque es necesario confesar que había poca subordinación; la igualdad republicana restaba mucho respeto á los grados, y no se obedecía estrictamente á los oficiales más que en las batallas; pero éstos no se preocupaban casi de ello, y, como sus soldados, no procuraban más que en divertirse. En general en jefe era, tal vez, el solo hombre del ejército que parecía

insensible á los placeres, y, por tanto, la infeliz pasión que había sentido por él una actriz, la más célebre y más seductora de la época, no era desconocida de nadie.

Hasta Lonato, las batallas de Napoleón le muestran un excelente general de segundo orden. El paso del Pó en Plasencia se efectuó con rapidez y el del puente de Lodi atestiguó una brillante audacia; pero nunca el ejército francés estuvo en peligro. Si hubo un momento en que éste iba á encontrarse en posición peligrosa en las llanuras del Piamonte, la corte de Turín se apresuró á librarle de ello, separándose de Beaulieu y solicitando el armisticio de Cherasco.

Los hechos que vamos relatar son de muy distinta naturaleza. Si en Lonato y Castiglione Napoleón no hubiese vencido, la destrucción de su ejército era segura. Ni sus jóvenes soldados eran á propósito para sujetarse á una guerra *desgraciada*, llena de dispersiones y retiradas, ni él tenía talento para dirigirlos. Hé aquí la sola importante parte del genio militar que le haya faltado. Su campaña de Francia en 1814 es completamente agresiva; pierde toda esperanza en Waterlloo, y, después de la retirada de Rusia, en 1813, sólo abandona la línea del Oder á viva fuerza.

Puede afirmarse que en su lugar, el 29 de Julio de 1796, ningún otro de los generales en jefe de la República hubiera tenido el valor de resistir. El flanco izquierdo de su ejército estaba envuelto, al mismo tiempo que fuerzas superiores le atacaban de frente.

Veremos sucesivamente las batallas de Castiglione, Arcole y Rivoli, que colocan á Napoleón en primera fila en el número de los más grandes capitanes. Castiglione y Rivoli, por la audacia del plan; Arcole, á más de este mérito, por la habilidad y le increíble constancia en la ejecución de los detalles.

La extraña firmeza de carácter de que Napoleón dió pruebas en dos diferentes ocasiones, no declararán-

dose en retirada frente á Lonato ni á Arcole, es quizás el rasgo más bello de ingenio que presenta la historia moderna. Y obsérvese que no fué esto el desespero temerario de un cerebro mediocre, sino la resolución de un sabio, al cual la inminencia de un peligro extremo no le impide ver de una manera clara y precisa lo que es posible tentar todavía. Son acontecimientos éstos que ni la misma adulación puede menguar, pues no hay nada más grande en el mundo, y que excusan el despotismo, sea respecto al que los ejecuta, sea respecto al que los sufre.

Lo que falta á Aníbal, César, y Alejandro, es que no conocemos su historia con detalles bastantes para saber si nunca se han encontrado en un estado tan miserable como el de Napoleón frente á Arcole.

En las batallas de Montenotte, Millesimo y del puente de Lodi, Napoleón dirigía él mismo sus divisiones; cuando el peligro fué centuplicado, pues que una negligencia, una distracción, un momento de debilidad, podía reportar el aniquilamiento del ejército, vióse obligado á hacer maniobrar grandes cuerpos, algunas veces muy lejos de sus ojos. Hubiese tenido á lo menos generales con los cuales poder fiar (1), pero desgraciadamente, lo que aumenta su gloria, uno sólo, quizás, Massena, era digno de ejecutar los planes de un tal jefe. Lannes, Murat, Bessières y Lassalle, estaban en su ejército, pero, confundidos entre los oficiales de pequeña graduación.

Para realzar más la sublime belleza de la operación de Lonato y de Castiglione, fué precedida de acontecimientos que todo el mundo tomó por alarmantes contrariedades y que él consiguió reparar.

Brescia fué sorprendida, y, en Milán, los más aca-

(1) Por ejemplo, Kleber, Saint-Cyr ó Desaix comandante en el Tiroi; en la plaza de Vaubois, durante Arcole.

lorados partidarios de los franceses creían al ejército perdido por completo.

M. de Thugut, justamente alarmado de los progresos de Napoleón y de los peligros de Mantua, resolvió oponer á los franceses un nuevo ejército y un nuevo general. En consecuencia, el mariscal Wurmser partió de Manheim con veinte mil hombres escogidos y reemplazó á Beaulieu.

Wurmser, nacido en Alsacia de una familia noble, servía en Austria desde hacía cincuenta años; habíase distinguido en la guerra de los siete años y en la de Turquía. Tuvo también la gloria de batirse con Federico el Grande y contra Napoleón. En 1793 había forzado las líneas de Wisemburgo. En 1795 derrotó á Pichegru en Heidelberg é invadió el Palatinado; era un viejo húsar lleno de energía aun.

En los últimos días de Julio de 1796 la fuerza del ejército austriaco, reunida en Trento, era de sesenta mil combatientes y Napoleón no tenía para oponerle más que treinticinco mil hombres. Todas las aristocracias europeas fijáronse en Italia y creyeron firmemente que el ejército francés iba á ser aniquilado.

Wurmser no perdió el tiempo; al frente de treinticinco mil hombres alejóse del Tirol por el valle del Adige, que, según hemos visto, es paralelo á la rívera occidental del lago de Garda y separado de este por el Monte-Baldo. Quasdonowich siguió la rívera occidental del lago y con veinticinco mil hombres dirigióse sobre Salo y Brescia.

En la tarde del 29 de Julio, en Verona, y durante la siguiente noche, Napoleón supo que en este mismo día, á las tres de la mañana, Massena, atacado por fuerzas enormemente superiores, había sido desalojado del importante puesto de la Corona sobre el Adige, y que quince mil austriacos habían sorprendido, en Salo, á la división del general Sauret, el cual, en una circunstancia tan importante, faltado de sere-

nidad, en lugar de cubrir Brescia, habíase replegado en Desenzano.

Todos los generales conocidos entonces se hubieren considerados perdidos en el puesto de Napoleón; pero él vió que el enemigo, al dividirse, le dejaba la posibilidad de colocarse entre las dos partes de su ejército y de atacarlas separadamente.

Pero era necesario tomar inmediatamente un partido decisivo; hé aquí la cualidad sin la cual no se es general.

Véase, de paso, el porqué es tan fácil escribir sobre la guerra cosas razonables é indicar buenos partidos para decidir, si es después de una madura reflexión.

Era necesario evitar á todo precio que Wurmser se reuniese á Quasdanowich en el Mincio, pues entonces sería irresistible. Napoleón determinó levantar el sitio de Mantua y abandonar en las trincheras ciento cuarenta piezas de gran calibre. Eran todas las que el ejército poseía.

Hízose y conformóse con el siguiente razonamiento: *Si soy vencido ¿de qué me servirá este equipaje de sitio? Será necesario abandonarlo. Si por el contrario logro vencer al enemigo, volveré á encontrar mis cañones en Mantua.* Quedaba todavía una tercera posibilidad: vencer al enemigo y hallarse en la imposibilidad de continuar el sitio de Mantua, pero era ello preferido á ser arrojado de Italia.

Probablemente, Napoleón quiso producir un efecto moral sobre sus generales, conocerles y hacerse conocer, pues que los reunió en consejo de guerra. Kilmané y los generales eruditos propusieron la retirada; el jacobino Augereau, animado de un bello ardor, declaró que, por su parte, no se iría sin haberse batido antes con su división.

Bonaparte les dijo que si se retrocedía iba á perderse Italia y que no estarían ellos en estado de vol-

ver á conducir diez mil hombres á los peñascos de Savona; que, en verdad, el ejército de la República era demasiado débil para hacer frente á la totalidad del ejército austriaco; pero, que podía batirse separadamente cada una de sus divisiones y que, por fortuna, durante treinta ó cuarenta horas, estas divisiones enemigas estarían aún separadas por la longitud del lago de Garda.

Era necesario retrogradar rápidamente, envolver la división enemiga, descender sobre Brescia y derrotarla por completo. Desde allí volver sobre el Mincio, atacar á Wurmser y obligarle á volver á pasar el Tirol. Pero, para ejecutar este plan, precisaba levantar el sitio de Mantua dentro veinticuatro horas; ni tan sólo había medio para retardar seis horas. Era necesario además pasar sin dilación alguna á la rivera derecha del Mincio, pues que, de no ser así, se hubieran encontrado rodeados por los dos cuerpos de ejército enemigos.

Entre tanto madama Bonaparte, que había seguido á su marido á Verona, quiso retornar á Milán, por el camino de Desenzano y Brescia, pero el enemigo acababa de interceptarlo. Encontróse así con las vanguardias de los austriacos y entre sus patrullas. Ella creyó á su marido perdido, lloró mucho, pero en fin, en su terror, volvió hacia Milán, yendo á pasar por Luca. La acogida respetuosa de que fué objeto por todas partes, la consoló un poco.

El 30 de Julio, por la tarde, las divisiones Massena y Augereau, lo mismo que la reserva, marcharon sobre Brescia; pero la división austriaca, que se había apoderado de esta ciudad, se había puesto en marcha para atacar á Napoleón, y ya estaba en Lonato.

El 31, el general Dallemagne volvió á tomar Lonato, después de un combate largo tiempo indeciso, en que el 32.º de línea se inmortalizó; lo mandaba el

bravo coronel Dupuy (muerto después, siendo general, en el Cairo): éste es el primer combate de Lonato.

El ejército francés se estableció sobre Chiesa; Quasdanowich se retiró por las montañas hacia Gavardo. El 1.º de Agosto, á las diez de la mañana, la división Augereau, conducida por Napoleón, entró en Brescia.

Los negocios de los austriacos no estaban todavía en muy mal estado; pero para desbaratar el plan tan atrevido de Napoleón, precisaba que Wurmser se hubiese apresurado á pasar el Mincio en Peschiera, el 31 de Julio. Hubiera podido fácilmente llegar á Lonato y, operada su conjunción con Quasdanowich, no quedaba otro remedio á los franceses que volver á ganar á toda prisa el Tesino ó Plasencia; Wurmser triunfaba así enseguida, á su gusto, en Mantua.

En lugar de procurar reunirse á su lugarteniente, con toda la prontitud posible, Wurmser dirigióse á Mantua para hacer su entrada al son de las campanas y no pasó el Mincio en Goito, hasta el 2 de Agosto por la tarde, dirigiéndose sobre Castiglione. Quasdanowich, favorecido por las montañas y los bosques de Gavardo, se retiraba en buen orden, pero no había sido aún atacado seriamente.

El 2 de Agosto, Augereau volvió á Monte-Chiaro y Massena tomó posesión de Lonato y de Ponte-San-Marco.

El mismo día por la tarde, el general Valette (destituído bien pronto después), encargado de defender Castiglione y de retener la vanguardia de Wurmser lejos del ejército, abandonó dicha ciudad con la mitad de sus tropas y fué á Monte-Chiaro, llevando la alarma á la división Augereau.

El 3 de Agosto, esta división, apoyada por la reserva, se dirigió á Castiglione estando aún en Lonato la división de Massena.

Para determinar á Quasdanowich á continuar su

retirada, el general francés amenazó sus comunicaciones con el Tirol y envió la orden al general Gueux de dirigirse á Saló.

Nada sucedió de lo que había sido previsto; Napoleón había creído atacar á Wurmser, y cayó, por el contrario, sobre lo izquierda de Quasdanowich, que se había puesto en movimiento para procurar de nuevo por Lonato su conjunción con su general en jefe. Siguiendo el método de los austriacos, Quasdanowich había dividido su cuerpo en varias columnas; una de ellas se encontró en Lonato con la vanguardia de Massena, quien, habiéndose empeñado con demasiado ardor, sufrió algunas pérdidas. Pero el general en jefe que llegó con el grueso de la división, reanudó el combate, rescató Lonato é hizo perseguir vivamente á la columna de Quasdanowich.

Pero, por una casualidad feliz para el enemigo, una pequeña columna austriaca que había llegado á Saló antes que Gueux, no encontrando en ella á nadie había tomado el partido de avanzar por el camino que había seguido la que la división Massena acababa de derrotar, encontrando sus restos y procurando reunirlos.

En aquella tarde (3 de Agosto), Quasdanowich hizo tomar de nuevo á sus columnas sus primeras posiciones en Gavardo; así pues, mientras Napoleón batíase con Quasdanowich, con intención de marchar sobre Wurmser, Augereau atacaba y derrotaba en Castiglione á la vanguardia del mariscal. En aquel día y en el siguiente 6 de Agosto, Augereau mostróse en extremo valeroso, lo que no le sucedió ya más en su vida.

El 4, después de este golpe recibido en la vispera, y no avanzando Wurmser con mucha resolución, Napoleón aprovechó la jornada que se le dejaba para lanzar Gueux y Saint-Hilaire contra Quasdanowich. Estos generales tenían la orden de llegar sin ser aperebi-

dos, hasta detrás de Gavardo, ocupada por los doce ó quince mil hombres de Quasdanowich. Amenazado por la espalda, este general se determinó por fin á reprender el camino de Riva, en la extremidad septentrional del lago.

Napoleón encontróse así desembarazado de este cuerpo de ejército muy temible en la vispera; su fuerza era tan peligrosa como su dirección; si dicho cuerpo se hubiese hecho fuerte en aquella ciudad, hubiera podido molestar al ejército francés por su izquierda é impedirle avanzar hasta el Mincio.

En estas circunstancias (4 de Agosto á las cinco de la tarde) y mientras que Quasdanowich tomaba la resolución de retirarse á Riva, fué cuando tuvo lugar la famosa sorpresa de Lonato, en la que el general francés supo obrar con tanta entereza de ánimo. Dos mil austriacos, amenazados con ser fusilados, tuvieron la debilidad de entregar las armas; tenían cuatro piezas de artillería.

Destácase bien en esta acción la diferencia de genio de los dos pueblos: en el momento mismo en que este cuerpo de dos mil hombres se rendía sin idea alguna de probar fortuna, el campo de Gavardo era atacado de improviso por Gueux y Saint-Hilaire. La sorpresa de Gavardo ocasionó la huída de un cuerpo de doce á quince mil austriacos, mientras que la sorpresa del cuartel general de Napoleón le valió más prisioneros que soldados no tenía en él.

Todas las maniobras de las cuales acabamos de dar cuenta, eran hábiles, audaces, pero en definitiva no podían aún resolver nada. Si Quasdanowich no hubiese tenido la idea singular de huir más lejos de hasta donde se le perseguía hubiera podido comunicarse con su general en jefe por Garda ó por Desenzano. Los dos cuerpos austriacos podían atacar juntos y darse cita en Lonato.

Pero no sucedió así; Wurmser estaba falto de actividad y Quasdanowich de audacia.

El combate que debía decidir el éxito final de todas las operaciones libróse el 5 de Agosto.

Wurmser hizo varios destacamentos y cometió la imprudencia de llegar hasta el campo de batalla decisivo con sólo veinticinco mil hombres. Las divisiones de Massena y Augereau, reunidas á la reserva y colocadas por Bonaparte cerca de Castiglione, presentaban ellas solas una fuerza igual á la del enemigo y el general francés esperaba aún al general Serrurier que debía echarse sobre las retaguardias de la izquierda del ejército austriaco.

«El 5 de Agosto, al amanecer, nos encontramos en presencia del enemigo, dijo Napoleon en sus notas al Directorio (1); dieron la seis de la mañana y las columnas permanecían inactivas. Ordené pues un movimiento retrógrado á todo el ejército para atraer al enemigo hacia nosotros».

El combate comenzó, pero los franceses se batían sin avanzar; de repente aparecen á lo lejos, en la llanura cerca de Cavriana, las tropas de Serrurier, y Bonaparte ataca seriamente la derecha y el centro enemigo. Wurmser se ve rodeado por su izquierda; teme ser empujado hasta el lago de Garda; juzga por fin que sólo una pronta retirada puede salvarle y vuelve á pasar el Mincio abandonando veinte piezas de artillería.

Pero podía llamar en su ayuda al cuerpo de Quasdanowich y establecerse sólidamente en el Mincio; nada le impedía apoyar su izquierda en Mantua, cuya guarnición, fuerte de quince mil hombres, no había entrado en acción todavía.

El 6 de Agosto, mientras el grueso del ejército

(1) *Obras de Napoleón*, 4 vol., Pankouke, editor, 1826, t. I, página 104.

francés empujaba á los austriacos hacia el Mincio por un vivo cañoneo, Massena se apresuró á pasar dicho río en Peschiera y se echó sobre el ala derecha de Wurmser, establecida frente á esta plaza, apoderándose valerosamente de algunas trincheras, apenas construidas, y obligando á los enemigos á tomar el partido de entrar en el valle del Adige; el general Víctor se distinguió en esta operación.

El 7 de Agosto, á las diez de la noche, Napoleón entró en Verona, y en esta ocasión el proveedor veneciano hizo un papel verdaderamente ridículo: pretendíase neutro y se engañaba de buena fe; quería atacar á un ejército victorioso y no había ni uno solo de sus soldados que quisiera batirse.

Wurmser huyó por primera vez y remontó el valle del Adige hasta Alla. El general Bonaparte no descurrió de hacerle perseguir y, por fin, en 12 de Agosto, el ejército francés había vuelto á tomar todos los puestos que ocupaba antes del movimiento ofensivo del mariscal austriaco.

Tan sorprendentes acontecimientos habían reportado la irreparable pérdida de la artillería que el ejército había reunido á duras penas frente á los muros de Mantua. La división Serrurier, mandada por el general Fiorella, retornó al frente de esta plaza, pero ante la imposibilidad de un sitio, fué necesario contentarse con un simple bloqueo, del cual se encargó el general Sahuguet.

Lejos de haber logrado obligar á los franceses á retornar á Alejandria, el mariscal Wurmser había vuelto á entrar en el Tirol, con pérdida de diez ó doce mil hombres y de cincuenta piezas de artillería; pero lo más importante era haber perdido el honor de las armas.

Si este general hubiera tenido tanta instrucción como valor personal, hubiera encontrado útiles ad-

vertencias en la historia militar. En efecto, en el mismo teatro de su derrota, el príncipe Eugenio de Saboya hizo en 1705 su admirable campaña contra M. de Vendôme. Este general, considerado como uno de los más inteligentes entre los de Luis XIV, apesar de ser dueño de Mantua, dejó desbandar su izquierda. El príncipe Eugenio tuvo la increíble audacia de transportar su infantería desde la rivera izquierda del lago á Gavardo, por medio de embarcaciones, navegando por un lago tan agitado por los vientos como el mismo mar. Tan sigular movimiento no duró menos de seis días. No hubiera necesitado Napoleón la mitad de este tiempo para destruir un ejército que hubiese osado tentar en su presencia una empresa tan temeraria. Es necesario confesar que entre 1705 y 1796 el gran duque Federico volvió á aparecer introduciendo la rapidez en la marcha del arte militar.

XI

Batalla de Roveredo

El 19 de Agosto de 1796, el rey de España convino con la República un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Tal acontecimiento ejerció una saludable influencia en los gobiernos de Nápoles y Turín. Precisa recordar lo que no cesó nunca de ser verdad: el rey de Cerdeña podría destruir el ejército francés, caso de ser rechazado en el Adige. Debido á la impericia del Directorio, el ejército piemontés no se batía bajo las órdenes de Bonaparte; estaba inactivo y una intriga de la corte podía lanzarlo contra él.

Apenas los austriacos hubieron entrado en el Tirolo, Wurmser, habiendo sido reforzado por algunos batallones, se encontró de nuevo superior en número á los franceses. Este mariscal recibió la orden positiva de rescatar Mantua, y conocía tan poco el carácter de su adversario, que imaginó poder alcanzar su fin, sin necesidad de librar batalla alguna.

Davidowich, con veinte mil hombres, fué encargado de la defensa del Tirolo; Wurmser mismo, con los veintiseis mil restantes, pasó las montañas que forman el valle del Adige por la vertiente del Brenta y siguió el curso de este río, con intento de echarse encima, por Porto Legnano, de las retaguardias del ejército francés.

La casualidad hizo que en el momento en que Wurmser descendía el valle del Brenta, el general francés, que acababa de recibir un refuerzo de seis